



SURIRE

UNA PELÍCULA DE BETTINA PERUT + IVAN OSNOVIKOFF

Con Clara Calizaya, Florentino Nina, Juana Chamaca, Apolinario Castro, Dardo Aguilar, Katerina Taquichiri, Chunka, Perico, Choko

Dirección y Montaje: Bettina Perut, Iván Osnovikoff / Fotografía: Pablo Valdés / Sonido Directo: Iván Osnovikoff / Producción: Bettina Perut, Iván Osnovikoff, Tania Georgieva / Post-Producción de Imagen: Kiné-Imágenes / Colorización: Martín Heckmann / Post-Producción de Sonido: Sonamos SCL / Mezcla: Roberto Espinoza
Masterización: Heckmann une Thiele / Diseño Gráfico: Felipe Hurtado / Producción Ejecutiva: Bettina Perut, Iván Osnovikoff, Irena Taskovski, Dirk Manthey



SURIRE

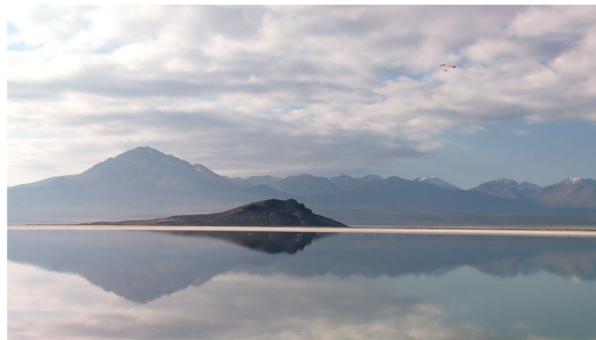
El encuentro de dos mundos

Texto: Loreto Quijada - Imágenes: Surire

La última película de la galardonada dupla de realizadores chilenos Bettina Perut e Iván Osnovikoff es una dispar oda a la naturaleza, porque si bien no es una película medioambiental, retrata fielmente un entorno prístino y a sus habitantes, humanos y no-humanos, en una convivencia contemporánea y por sobre todo, real.

El Salar de Surire está ubicado en el extremo norte de Chile, en la frontera con Bolivia, a unos 4.300 metros sobre el nivel del mar. Fue parte del Monumento Natural de Surire hasta que, a través de un mandato presidencial el año 1989, sufrió una nueva delimitación que permitió extracciones mineras. Desde entonces, sus pocos habitantes –una pequeña comunidad de ancianos aymara– viven su día a día en una extraña armonía en la que camiones y flamencos se entremezclan en un escenario natural idílico. Aquí germina "Surire", un filme contemplativo que nos permite infiltrarnos, a través de una exquisita visualidad, en este mundo ajeno y en cierta manera atemporal, y que sin mayores ambiciones narrativas logra una película acogedora y sustancial.

Ya en los inicios de la cinta se percibe una sensible delicadeza estética en la manera en que es presentado el primer personaje: el paisaje. Imágenes impactantes revelan la magnificencia y soledad del lugar con amplios encuadres donde sólo unas aves cruzando el horizonte interrumpen un silencio permanente. La cadencia en que se lucen estas postales y su correlación entre sí permiten recorrer cada estampa con tiempo y en su totalidad, pudiendo el espectador absorber cada detalle de estas casi estáticas fotografías.



98

A través de las imágenes se retrata un espacio desguarnecido y a la vez huraño, al natural, donde la foto es protagonista y el sonido un cómplice de una narración observadora que accede a un ritmo de vida lento y apacible. Esto se hace evidente en cada acción de los escasos personajes, quienes destapan su cotidianidad tal cual, a tiempo real, con actos como lavar la ropa y colgarla, pieza a pieza, con la perennidad propia del entorno.

También resulta posible entrever las dificultades de abastecerse con incluso la canasta más básica.

Se observa cómo uno de los personajes retratados solicita a través de la radio, con paciencia y gracia, los pocos víveres que necesita para subsistir: dos kilos de azúcar.... cuatro cajitas de fósforos... en una comunicación tan quebrada y fallida que raya en lo absurdo. Y así, de repente, se hace presente el clima, con un calor tan fuerte que se puede ver irradiar del suelo y atravesar el panorama, y toda la imagen tiembla, late. Es tal la intensidad del sol, que la imagen no logra enfocarse y parece una acuarela viva, y los fondos parecieran estar compuestos por miles de pequeñas pinceladas.



Entre ese estoicismo y poesía aparecen de pronto unos pequeños puntitos que –como hormiguitas trabajadoras– siguen un camino en la inmensidad. Son los camiones de una faena que se acercan lentamente y al irrumpir, perturban la tranquilidad del lugar. Las máquinas, que quiebran el anterior y reconfortante silencio, son disonantes y resultan perturbadoras. Descomponen también las dimensiones: por ejemplo, un camión se ve desproporcionado mientras transita detrás de un par de flamencos. Primero es uno, luego tres, y luego una seguidilla de vehículos en constante movimiento, un flujo de ida y vuelta sin descanso ni detención. Estas máquinas parecen la personificación de una burda visión del “progreso”, ese que arrasa con ecosistemas enteros hasta acabar con el recurso por completo y seguir al siguiente destino.

Sin embargo, es importante recalcar que éste no es un documental ecologista. Esta obra no pretende hacer denuncia alguna y más bien presenta la convivencia entre el puñado de habitantes que allí vive y las excavadoras y camiones que explotan los minerales

de la zona. Enlaza la belleza salvaje y prístina con la intervención humana sin emitir juicios ni tampoco aspirar a marcar grandes hitos. Surire es una película que retrata fielmente el crepúsculo de una cultura en un relato que –prescindiendo de los mecanismos más usuales de los documentales– logra instalar al espectador en una realidad ajena, pero a la vez cercana debido a la universalidad de la experiencia humana.

La soledad del espacio pareciera ser un llamado: nos recuerda disfrutar de lo más sencillo, nos invita a compartir sin llenar los silencios y nos convoca a apreciar la simpleza de las tramas del día a día sin complicaciones ni ambiciones. Desde la intimidad y la fragmentación de sus personajes, perrunos y humanos, y la observación de la maquinaria en un quehacer constante e ininterrumpido, nos sumergimos en una realidad donde los polos opuestos relajan y permiten, a fin de cuentas, abrirnos a otras existencias y a partir de ellas reflexionar. ♦

99